

Angustia y salvación en la poesía de Carlos René Correa

por Luis Agnó Molina

Todo arte, en el fondo, al igual que la filosofía y las ciencias sociales, no hace otra cosa que mostrar al hombre y su situación en el mundo, o si se quiere, su modo de existir, de ser, a través de las distintas etapas de la historia. Por lo mismo, todo arte también, inconscientemente e involuntariamente y en muchos casos a pesar de su autor, conlleva una visión del mundo y del ser humano que está inmerso o anidado dentro de él. Es más, casi no podría haber literatura si sólo se mostrara o se hablara de la total felicidad del hombre. Ello no puede ser por cuanto la felicidad absoluta, por lo menos en esta breve vida, no existe. Por el contrario, a lo largo de su historia hay una constante que lo marca y quizás lo marcará para siempre: la angustia. Ya lo dijo Kierkegaard: el elemento básico de la existencia humana es la angustia. Sus palabras, dichas hace ya más de un siglo, no corresponden sólo a su tiempo sino a todos los tiempos. Para verificarlo, basta leer cualquier obra literaria de cualquier época para encontrarnos con lo mismo, claro que con diferentes nombres y referidos a diferentes problemas. Esa es el sino del hombre, esa es su vida y, entendiéndolo o no, así el ser humano la ha enfrentado cada día.

Con esto no pretendemos sostener que Carlos René Correa sea un poeta existencialista. Que nosotros sepamos, jamás este escritor ha manifestado siquiera compartir esta posición filosófica; tampoco, por supuesto, hacer poesía de esa índole. Nada de eso. Lo que queremos demostrar es que en su poesía hay ciertos elementos que nos permiten relacionarlo, aunque quizás sólo tangencialmente, con cierta posición filosófica existencialista, la de Karl Jaspers para ser más precisos, y que es el existencialismo cristiano. De ahí el título de este artículo. Tratamos de justificarlo.

Si duda la angustia fundamental es la angustia ante la muerte en cuanto ella puede significar la nada para nosotros. El no ser más y para siempre desgarrar nuestro mundo interior, lo estremecer, lo sacude cada vez que la idea de la muerte se hace consciente o que la muerte misma deja de ser una posibilidad para convertirse en certeza amenazante e inoperable. "La muerte puede venir / sin que lo sepas, hermano", dice el poeta. Pero la muerte no es sólo eso, amenaza, es también parte activa, carne, de cada uno de los seres que habitan la ciudad: "calles ensombrecidas por la fatiga / de hombres y mujeres que agonizan"; "todo en ella es luto". Y de la ciudad muerta pasa a mostrar su propia condición vital: "El hombre establece su mundo, su cadáver. / Habita un casario"; "lentamente la muerte nos posee / en las viejas noches de las sábanas". Su rostro, simbólico y metáfora de esta condición esencial, lo más visible de su cuerpo, expresa también y en relación a la amada esta angustia: "colgado como un cuadro / en medio de la bruma"; "no puedo alzar el rostro / tan carcomido. / Me da pena lo miro, / descubriré su fatiga, / mis ojos de cenizas".

Es difícil separar la angustia del pesimismo y la soledad. La vida pasa haciéndose de pequeñas y grandes ilusiones, de pequeños y grandes sufrimientos, pero ese sentimiento de angustia no quiere, no puede quedar atrás; se resiste, persiste en ocupar el primer plano de la conciencia: "siento que se pudren mis días"; su vida es como una "noche de ríos que no retornan", y su tiempo, el tiempo-existencia del hombre, del poeta, "es grano de sal / cado en tu océano". Es decir, nada. O quizás algo, algo que lo resume todo: "una existencia que indaga por el ser / y navega solitaria hacia la muerte".

Esos versos, sacados de distintas obras de Carlos René Correa, nos prueban que la angustia es uno de los motivos principales de su poesía.

Sin embargo, el poeta, al igual que todo ser humano normal, consciente y de una riquísima vida interior, siempre encontrará algo que justifique su existencia, por negra que pueda parecerle en determinados instantes, algo que lo sostenga vitalmente y que le signifique una segura promesa de salvación, no sólo en el más allá sino también en su aquí y en su ahora. Ese algo es Dios, que, paradójicamente, para él, lo es todo. Por eso el poeta

dice: "creo en el tiempo / de los huesos y el espíritu". En efecto, la presencia de Dios recorre todas y cada una de las páginas de Carlos René Correa. Omnipotente y eterno, Dios es la luz que ilumina la senda del poeta, su pasado, su presente y sobre todo su porvenir. El, como primera de todo lo que existe, amor y generosidad a menos cosas, toda profundamente la subjetividad del autor: "No exijas la Amor, lo entregan". Su reacción, motivada por una muy sencilla religiosidad, es claramente positiva: un agradecimiento que no se cansa de repetir y ver en toda cosa y en cada acto de su vida cotidiana: "me visto de mañana con las luces / que Dios me ofrece". Baste que en el fondo ello le signifique una aproximación lenta pero segura a su regazo. Por eso no duda en "irre mejor por el valle / con regocijo de estar con unos padres benedictinos / al árbol que se nos va". En consecuencia, su poesía se torna en última instancia en una especie de oda al Creador.

Ello no significa, empero, que Carlos René Correa se contradiga, no. Sólo se trata de la plasmación poética de momentos asintóticos en su apariencia, pero íntimamente conscientes en la conformación y expresión de su estar en el mundo. Angustia y fe en Dios se alternan sin problemas en la poesía de este autor. Y es la segunda la que siempre se impone, la que siempre lo levanta en cada jornada y lo lleva o lo llevará a la salvación eterna.

Este carácter religiosamente trascendente de la obra de Carlos René Correa, no es algo forzado y superpuesto en sus poemas. Al contrario, surgen de la raíz misma de su ser, como una poderosa corriente de esperanzas que se irradia espontáneamente en los brochazos que van constituyendo su mundo y más exactamente su situación en el seno de él.

Esta transcendencia, esta salvación, además, está presente en la naturaleza misma, en la mujer y en el hijo; triada que sin duda es también parte de Dios, o mejor dicho, Dios mismo. Por ejemplo, en relación a la naturaleza, el poeta dice: "Yo le canto a mi tierra y sus caminos", pues "allí cantan legumbres y zorrillos, / sumergidos mis ojos en un muro / donde nacen los himnos matinales"; "el Amor ha tendido sus trigales / de mar adolescente". Incluso metafóricamente se identifica con ella, con la naturaleza: "Soy semilla que entrego va nutrita / el cierto de tu mesa que sé muda", refiriéndose al mar, dice que es el lugar "donde el hombre y la vida se han unido". Vale decir, la naturaleza es madre, en consecuencia amor y por lo tanto Dios en su expresión más definitiva.

Por supuesto, la madre es mujer, mujer concreta y carnal, que da y recibe amor, pero en especial lo primero. El amor masculino se dirige, por eso, con delicadeza temerosa a la mujer amada. Escuchémoslo: "Te saomas a mi rostro enamorado / con tu signo de amor entre las manos / y aliméntas de vida mi jornada". La mujer, conjuntamente con Dios, representa el otro consuelo y soporte para su vida: "Como tu mano amasa / la vida genérica / el hombre que conoce vulnerado".

La tríada humana fundamental, la expresión básica del amor humano, se completa indudablemente con el hijo. Por eso, a la amante-madre le dice: "Yo pienso en mi mano / un grano de trigo; / tu lo has de sembrar / para el pan del hijo"; dicho hijo es "pan de trigo / cocido con mi leche". Curiosamente, pese a la salvación, a la prolongación que significa al hijo, no puede evitar en ciertos momentos pensar en la muerte, pero como contrapeso existencial: "se duermen mis ojos / en un árbol vencido / y he pensado en la muerte / para que viva el hijo".

De todo lo anterior se desprende que a pesar de la angustia, Dios le ofrece tres caminos al hombre para salvarse: la naturaleza, la mujer y el hijo. El poeta, el hombre, ha marchado a lo largo de los tres, repartidos, dándose alternativamente entre uno y otro, tropezando con la angustia en sus recorridos, pero continuando siempre por esa senda iluminada que termina (¿o empieza?) en la diestra abierta del Creador.

Portal No 10-11-12, Slgo
Abril - Mayo - Junio 1926. P. 5.

PORTAL-3

6.F9S3J

Angustia y salvación en la poesía de Carlos René Correa

[artículo] Luis Agoni Molina.

Libros y documentos

AUTORÍA

Agoni Molina, Luis, 1944-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Angustia y salvación en la poesía de Carlos René Correa [artículo] Luis Agoni Molina.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile